

EL OTRO SENDERO DE LA ECONOMÍA SUBTERRÁNEA

CARLOS ARRIOLA

EL NÚMERO 123 DE LA REVISTA *VUELTA* incluye el prólogo del gran novelista peruano Mario Vargas Llosa al libro de su compatriota Hernando de Soto, *El Otro Sendero*, que estudia la economía “invisible” que en México llamamos, con más precisión, subterránea. Gabriel Zaid, por su parte, abordó el tema en el siguiente número de la revista desde otro ángulo. Ambos van en la misma dirección: un rechazo, teñido de romanticismo decimonónico, al proceso de burocratización que apareja la complejidad de la moderna economía industrial, que al no dirigirlo contra una clase desemboca en un ataque al Estado. Por otra parte, hacen una apología de la economía subterránea y soslayan los aspectos negativos de la misma. A los anacrónicos pero persistentes ataques contra el Estado lanzados por el anarquismo, hoy se han sumado los realizados por el pensamiento neoliberal, y ambos lo hacen responsable de todos los males y a “la sociedad civil” la portadora de promesas de redención. Afortunadamente empiezan a soplar nuevos vientos y ha surgido una importante corriente de pensamiento, principalmente en Francia, que sitúa al Estado en su verdadera dimensión: no es ni instrumento de opresión ni medio de salvación. Para esta escuela, el Estado es un hecho social surgido de la división del trabajo político, desprovisto de todo carácter universal ya que es resultado de la historia particular de cada país.

Para Vargas Llosa:

El Estado no fue nunca, en nuestros países, expresión de la colectividad. Se confundió con el gobierno de turno y éste, liberal o conservador, democrático o tiránico, actuó generalmente en el orden económico de acuerdo al patrón mercantilista: legislando y reglamentando a favor de pequeños grupos de presión —las “coaliciones redistributivas” las llama de Soto— y en contra de los intereses de las grandes mayorías a las que este sistema marginaba o concedía apenas migajas de la legalidad. El nombre de los individuos y las empresas favorecidos solía cambiar con las mudanzas gu-

bernamentales, pero el sistema se confirmaba de gobierno a gobierno, concentrando siempre en una pequeña minoría no sólo la riqueza sino también el derecho a la riqueza.

La afirmación anterior es demasiado tajante y requiere de matices en el tiempo y en el espacio. Ni todos los países latinoamericanos enfrentaron los mismos problemas al constituirse como naciones independientes ni las respuestas fueron semejantes. En el caso de México fue la minoría liberal en el siglo XIX la que pudo, *desde el Estado*, construir la Nación, pero ésta, a su vez, remodeló al Estado, gracias a la Revolución de 1910. La fotografía de Villa y Zapata en Palacio Nacional no es solamente folklore: es la representación visual de la irrupción violenta de las principales fuerzas sociales de la época en la esfera sagrada del poder. Aunque el Estado mexicano, al igual que otros latinoamericanos, no haya perdido rasgos mercantilistas heredados de la manía obsesiva de Felipe II por reglamentar todos los aspectos de la vida social, tiene una dimensión política y social mucho muy amplia, gracias a su mayor autonomía con respecto a los actores sociales y no se confunde con el gobierno en turno. Donde el Estado no ha obtenido esta autonomía, sea o no democrático, como señala Vargas Llosa, se ve reducido a una función de administrador burocrático, incapaz de ejercer el poder, de asumir su papel de rector de la vida económica, de concertar los diferentes intereses en juego y atender las demandas de las mayorías. No es de extrañar, por consiguiente, la inestabilidad política característica de esos países.

LA ECONOMÍA SUBTERRÁNEA

La economía subterránea no es un fenómeno propio del subdesarrollo, ni su marginalización resultado de la manía reglamentadora. El que exista en los Estados Unidos y la Unión Soviética, en los países europeos y en el Tercer Mundo, obliga a una explicación más amplia. Es, ante todo, resultado de la iniciativa y del ingenio individual, es decir fruto del legítimo espíritu de ganancia tan vilipendiado por unos como exaltado por otros. Su desarrollo ha sido posible porque en los países desarrollados existe tiempo para dedicarse a ella, gracias a la reglamentación burocrática de la jornada de trabajo, y en los subdesarrollados por la ausencia de trabajo fijo.

Vargas Llosa señala, y conviene destacarlo, “el apetito de legalidad de los informales” cierto para Perú, pero faltaría averiguar si la

afirmación sería válida para otros países como los Estados Unidos, donde las “trabas burocráticas” son menores. También subraya que la irregularidad de su situación legal les impide planear el futuro, especializarse, protegerse contra siniestros, como el robo. Por otra parte, Vargas Llosa asume que estas microactividades tienen abierta la puerta para un desarrollo y posibilidades de expansión. La simpatía por este modo de sobrevivencia no toma en consideración que el crecimiento de estas actividades implicaría cierto grado de especialización que requiere división de funciones, capacitación de recursos humanos, acceso al crédito, organización de un sistema de distribución, lo cual implicaría mayor complejidad y una división del trabajo.

En otro orden de ideas, sorprende también que Vargas Llosa y Zaid no mencionen la feroz competencia inherente a toda sociedad, pues en cierta forma proporcionan una impresión de que existe concordia y solidaridad entre los desheredados. Lo más extraordinario de la presentación de Vargas Llosa es que su raciocinio concluye con la afirmación de que “el Estado debe amparar y proteger a la economía subterránea”. Esta afirmación desafía el sentido común: ¿en qué quedamos? Si el Estado —como se indicó en la extensa cita inicial— es mercantilista y responde a una lógica que favorece a una oligarquía, ¿cómo y por qué debería cambiar de naturaleza? Además, una intervención racional del Estado para “amparar y proteger” a la economía subterránea obligaría a leyes y reglamentos, que por más ágiles, sencillos y transparentes que sean, exigirían el cumplimiento de formalidades y la realización de trámites. No deja de resultar curioso que por una parte se ataque la necesaria burocratización de una sociedad moderna e industrial y por otra se acuda al Estado como único medio de sobrevivencia.

A reserva de los juicios de los economistas sobre los análisis de la economía subterránea, resulta indispensable señalar otros inconvenientes de la misma: en ningún momento se plantea el problema de la seguridad social. ¿Qué ocurre con los trabajadores que sufren accidentes de trabajo? ¿Con las prestaciones sociales? ¿Acaso no hay explotación del trabajo? ¿Se ha previsto algún fondo de jubilaciones, de reglamentación de la jornada de trabajo? ¿De condiciones higiénicas en los lugares de trabajo? Como éstos, podrían enumerarse otros muchos problemas, que en el prólogo de Vargas Llosa ni siquiera se plantean. Cabe preguntarse ¿no será la economía subterránea en los países subdesarrollados un mal necesario *por falta de desarrollo*, que tan sólo garantiza un mínimo de condiciones para la sobrevivencia? ¿No sería mejor que pudieran laborar en mejores condiciones y contarán con un grado de educación y capacitación superior? El problema, como se ve, no es la

tecnología sino la falta de tecnología y de su adecuada transmisión al Tercer Mundo.

LA BIOGRAFÍA

Aunque la obra no es ajena a la biografía, también puede alcanzar una dimensión mayor que la circunstancia personal por la validez del trabajo realizado. Se comenta la biografía de Hernando de Soto porque Vargas Llosa la incluye en su texto y pareciera que se pretende impresionar al lector con la generosidad de un hijo de diplomático, educado en el extranjero en las mejores instituciones, que abandona una brillante carrera de funcionario internacional para salvar a los olvidados. No creo que a Hernando de Soto le agrade la idea de aparecer como un santo laico al estilo de Simone Weil.

Ante todo, conviene reducir a sus justas proporciones el *glamour* que todavía envuelve la vida diplomática. El diplomático es, ante todo, un burócrata como todos con la diferencia de que habla varios idiomas y se viste bien. Su status depende del país que representa. No es igual un embajador de Francia que del Perú, de Brasil que de Bolivia. Los diplomáticos del Tercer Mundo que viven en el Primero, siguen siendo tercermundistas y su vida social no se desarrolla en la alta sociedad de París o Nueva York, sino por lo general con sus colegas. En muchos sentidos forman un submundo aparte con escaso contacto con *le Tout Paris*, social o intelectual, financiero o político. Por otra parte, los diplomas obtenidos en el extranjero tampoco son iguales, y ninguno garantiza el talento ni confiere calidad al trabajador posterior. En cuanto a las instituciones extranjeras, todas difieren, y el Instituto de Altos Estudios Internacionales donde estudió Hernando de Soto, dirigido durante mucho tiempo por Jean Fremont, goza sólo de mediano prestigio.

Suele acontecer que la vida en el extranjero de un estudiante latinoamericano joven e inteligente, preocupado por la situación social de su país, donde militó políticamente sin éxito, sea frustrante: sin interlocutores que verdaderamente entiendan sus experiencias, discute o conversa en el vacío o tiene que remontarse a la abstracción de las teorías. Esto último es fácil en el campo de las ciencias exactas, no así en el campo de las ciencias sociales, ya que los términos del marxismo o de las ciencias sociales no adquieren las mismas connotaciones de una latitud a otra. Hernando de Soto, demócrata cristiano en su juventud, vive en Europa con mala conciencia: "Se sintió avergonzado, escribe Vargas Llosa, de conocer sólo una cara del Perú: la de los privilegiados. Para saber algo de la otra, se fue a trabajar como obrero, por un verano".

Tranquilizada, por algún tiempo, la mala conciencia, regresa a Europa e inicia una carrera burocrática en el extranjero hasta llegar a director gerente de Universal Engineering Corporation, "viajando *continuamente* por África, Medio Oriente y América". Es de suponer que viajaba en primera clase, donde la relativa privacidad y confort de los largos vuelos facilita la lectura y sobre todo la meditación. El hijo de diplomático y ahora profesionalista tampoco tiene interlocutores: en su compañía suiza ¿qué pueden entender que no sea negociar en condiciones ventajosas o leoninas con el Tercer Mundo? En éste ya no es uno de los suyos. Como escribe un alto funcionario africano de la UNESCO, en una espléndida novela, *Le pleurer-rire*, "con nuestros espíritus blanqueados por la escuela no podíamos comprender las leyes de la psicología indígena".

La mala conciencia y la soledad pueden desembocar en el *workaholic* o en otra clase de estragos, pero nunca apaciguarán la primera ni romperán la segunda. Hernando de Soto logra tranquilidad y comunicación regresando al Perú para trabajar con los condenados de la tierra, pero ello, a reserva de conocer su trabajo, no garantiza la calidad del mismo ni lo acertado en sus deducciones o conclusiones. El haber incluido la biografía de Hernando de Soto en la presentación, y más exactamente la forma en que se destacan ciertos aspectos, no fue afortunada, ya que es injusta tanto con el autor como con el lector, porque distorsiona la figura de uno y predispone al otro.

CONCLUSIONES

El prólogo de Vargas Llosa y el artículo de Gabriel Zaid son generosos pero equivocados. Bajo el prisma de las buenas conciencias, nos pintan las miserias y las actividades de sobrevivencia, en el supuesto de que el conflicto no existe y de que sus actores son "pobres pero honrados". Sorprende que el autor de una de las mejores novelas latinoamericanas, *La guerra del fin del mundo*, que describe la grandeza y miseria de los parias latinoamericanos, haya descuidado su habitual inteligencia, su sano escepticismo sobre la bondad del género humano, para sucumbir ante un entusiasmo juvenil que contradice la acertada dimensión humana de *La guerra del fin del mundo* o de *Historia de Mayta*, en las que logra demostrar la fineza de su sensibilidad, el dominio del arte de la novela, para articular la infinita y contradictoria gama de comportamientos humanos con los que logró reconstruir los innumerables hilos que forman y conforman el tejido histórico.

Ni el problema es el Estado, ni la panacea es una iniciativa privada libre sin reglamentación burocrática. Pensemos por un instante en un

Estado que claudique de su función rectora de la economía, de su papel de árbitro y regulador de la vida social, donde el proceso improductivo sea la norma, donde los conflictos sociales se resuelvan de acuerdo con la fuerza de las partes y donde los valores culturales y nacionales se transmitan según los anárquicos criterios de Ivan Illich, ¿cuál sería el futuro de México? ¿no conduciría a la desintegración del Estado nacional? La existencia de un Estado fuerte sigue siendo la mejor garantía de paz social, sobrevivencia y unidad nacional. La fortaleza de un Estado no se mide ni por el grado de centralización ni por el número o tamaño de las unidades administrativas bajo su control, mucho menos por su carácter mercantilista o burocrático. Es en la existencia de un amplio consenso de los ciudadanos y en el respeto de la disidencia donde el Estado encuentra el único y más sólido cimiento de su fortaleza.